

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 2 de Mayo

Núm. 16

Año XII. No. 536

SUMARIO

Junta de médicos.....	Baldomero Sanín Cano	Este autor.....	F. Amighetti
El terremoto de Managua y los marinos.....	Persiles	Canciones.....	León de Greiff
Con Gabriela Mistral en Nueva York.....	Armando Zegri	Charlot quiere recordar su infancia.....	Irene de Falcón
Bibliografía titular.....		El hombre y la máscara.....	Alberto Gerchunoff
La toga ante la dictadura.....	Corresponsal	Las nuevas colonias.....	Germán Arciniegas
Carta.....	Haya de la Torre	Referencias.....	Guillermo Jiménez
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua.....	Guillermo Díaz Plaja	Trébol teológico.....	Blanca Milanés
Qué ciego es el hombre para lo futuro!.....	Juan del Camino	Justicia.....	Amanda Labarca H.
Dios y el César.....	Luis de Zulueta	Los hombres de negocios en la política.....	José Ortega y Gasset
Un obispo ejemplar.....	Luis de Zulueta	El voto mexicano.....	Alfonso Reyes

Había enfermo en la casa. Se hizo junta de médicos para la grave consulta, y fué nombrado presidente, en acuerdo unánime, el bondadoso y sencillo Emmanuel Kant, el mismo filósofo a quien Giosué Carducci hizo aparecer como deícida en aquella tremenda estrofa del *Versaglia* en los *Giambi ed Epedi*.

*E il giorno venne: e ignoti in un desio
Di veritate, con opposta fe,
Decapitaro, Emmanuel Kant, Iddio,
Massimiliano Robespierre, il re.*

No es el único de los graves cargos que se le hicieron al filósofo dulce y candoroso de Koenigsberg. Otros le achacan también, atemorizados por la idea de que estuviese en lo justo, la destrucción del mundo real. Las explicaciones del enfermo adolecían de confusas, y de ellas no podía deducirse cuál era su mal, aunque la existencia de éste parecía evidente. Aplicaron los rayos X al toráx, al abdomen, a los lomos, sin resultado alguno. La radiografía de todos los órganos indicaba una correcta y desesperante normalidad. Movidos ya más que por el deseo de salvar al paciente, por una malsana curiosidad científica, resolvieron hacer una inspección directa, interviniendo quirúrgicamente. Le hicieron la autopsia, vivo. Después de haberle puesto al descubierto las vísceras más importantes del cuerpo, llegaron a la misma conclusión: el enfermo está perfectamente sano, pero se muere a ojos vistas. Cerraron, cosieron, deseterizaron al paciente. Continuaba el grave peligro de muerte. Habían olvidado examinar el cerebro, y antes de formular el diagnóstico, tuvieron por necesario poner el cerebro bajo los rayos de Roentgen, para ver si acaso residía en los sesos la causa de esta desesperada situación. La radiografía cerebral, tomada con el mayor esmero, tampoco señalaba anormalidad anatómica o funcional alguna. Continuando el estado de postración, lo indicado parecía formular en la duda una prescripción destinada a avivar las funciones en general y tranquilizar un tanto a los deudos, a quienes la situación del enfermo tenía sumidos hacia ya mucho tiempo en profunda turbación y amargura.

En consejo, uno de los médicos dijo:

—No tiene nada y se muere.

—En efecto—reiteró uno de los experimentados cirujanos—, no tiene nada. El análisis no ha podido ser ni más riguroso ni más extenso. No hay nada en el organismo por donde se pueda deducir con fundamento la causa del mal y designar el mal mismo.

—Entonces— propuso un tercero—, extendamos la minuta del resultado y digámosle a la familia que el enfermo no tiene nada.

—Tal procedimiento—interpuso Kant— traería fatales consecuencias; eso destruiría la fe de

Junta de médicos

= De La Nación. Buenos Aires =



las gentes en la medicina, desacreditaría personalmente a los médicos que han tomado parte en la consulta, les daría fundamento a los escépticos para acrecentar sus dudas y las ajenas sobre la eficacia de la cirugía moderna, de la radiografía y de toda la mecánica investigadora. En cierto modo trastornaría el orden social, desacreditando a los hombres que representan la culminación del trabajo científico.

—Pero, en rigor—agregó un joven llamado Schopenhauer—, no hay lesión ninguna; el hombre está muy enfermo; habría muerto ya si no le sostuviese “la voluntad de vivir”. Creo que debemos hablar claramente para la tranquilidad de nuestras mentes y en provecho de los deudos; después de todo, la vida es un mal sin dejar de ser una ilusión.

—Me opongo—dijo Kant—resueltamente a esa declaración. Siendo joven me aventuré a formular diagnósticos de ese género, fundado en la inexorable virtud del análisis. Los resultados mismos me enseñaron desde luego la temeridad y los peligros de ese inhumano propósito. Si yo consintiera en que aquí se expusiese la verdad, tal como la hemos descubierto en esta minuciosa investigación, procedería como si mis conocimientos y mi experiencia de la vida no hubiesen ido más allá de la irreverencia juvenil. Pero mis años y una larga “práctica” me hicieron tropezar con el sentimiento del deber, y en obediencia a esta norma es preciso decir a los deudos algo que no lastime ni los derechos de la ciencia, ni

los fueros de la verdad, ni los afectos familiares.

Pero, entonces—preguntó ansiosamente Herbert Spencer—, ¿vamos a comprometer nuestro crédito con un diagnóstico falso?

—El autor de la filosofía sintética—insinuó Carlyle en voz baja—“es un asno inmensurable”.

—Carlyle murmura—observó Spencer sin alterarse—. No sé lo que ha dicho, pero afirmo que carece de importancia. “Le falta en absoluto el espíritu de continuidad”. Vuelvo a preguntar: ¿se insiste en que redactemos un diagnóstico falso? ¿Existe o no existe la verdad?

—La verdad—dijo sonriente Jules de Gaultier, cuerpo fino, delgado, ojos de pensador en un rostro de nobles facciones, en que predominaba una nariz perfecta—es un ídolo metafísico ante el cual se prosternan ustedes los ingleses, sin creer en él, para edificación de los demás. La verdad es para ustedes una religión comprendida en el número de las que fijó Gibbon con aquellas palabras inolvidables: “Para el pueblo todas son verdaderas; para los gobiernos todas son útiles; para el sabio todas son falsas”. Nosotros—añadió—estamos aquí como hombres de ciencia. “Las

mociones de ciencia y de verdad se excluyen. La ciencia no se propone jamás la verdad por objeto. La ciencia no hace más que trenzar cadenas de fenómenos, ligados entre sí por la relación de causa a efecto”. En el caso presente, ¿cuál es el diagnóstico representativo de la verdad? La ciencia, con todos sus recursos, se ha negado a revelarnos el mal de que sufre este hombre. ¿Cuál es nuestro pronóstico? ¿Qué este hombre se muere? ¡Bella afirmación! De morir tenemos; algunos de nosotros, probablemente, daremos el ejemplo; sin embargo, aquí donde no hay verdad, hay ciencia. Forjamos experimentalmente el eslabón de una cadena, al cual se agregarán más por gentes desprevenidas como algunos de nosotros, y es posible que algún día la ciencia explique nuestra confusión en presencia de este fenómeno. Es lo más que podemos pedirle.

Con un ceño entre reconvención, sorpresa y aplauso, volvió a hablar Emmanuel Kant:

—Si la junta me permite—insinuó—, formularé un diagnóstico en que la ciencia de la vida práctica se sobreponga, como es natural, al puro conocimiento. Diré que en nuestro concepto hay un estado general poco satisfactorio que hace “imperativa” una medicación expectante.

En este momento un joven escritor y catedrático, de movimientos rápidos que se sucedían dentro de un ritmo cautivador, se incorporó para hablar. Era de tipo eslavo, hablaba alemán cadencioso y ricamente matizado. Llevaba alta